

SANTA TERESA DE JESUS

*Obras*  
COMPLETAS

*BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS*

Teresa de Ávila no necesita presentación: mística, teóloga, contemplativa, es una de las figuras más marcantes del mundo cristiano occidental. Biblioteca Autores Cristianos lanza las *Obras Completas*, una colección de todos los escritos teresianos, incluyendo las más de 400 cartas. Numerosas notas e introducciones orientan al lector por el complejo mundo de la mística española. Un libro indispensable no solo para teólogos sino también para los interesados en la religión católica, así como para todos los que buscan las raíces culturales del pensamiento occidental.

Este volumen reúne todos los escritos que se conocen de Santa Teresa: *Libro de la vida*, *Camino de perfección*, *Meditaciones sobre los Cantares*, *Moradas del castillo interior*, *Exclamaciones*, *Poesías*, *Libro de las fundaciones*, *Constituciones*, *Visita de Descalzas*, *Avisos* y *Epistolario*. El libro, además, se completa con una extensa bibliografía teresiana y una introducción general, en la que se tejen todos los hilos de la historia de la Santa y se reseñan los principales acontecimientos y personas que se enlazan con ella. Finalmente, todo se hace tangible con dos índices completísimos: uno de «temas», que recoge en forma sistemática los dichos de la Santa sobre cada cuestión, y otro de «personas» y «lugares».

## *INDICE GENERAL*

### INTRODUCCION GENERAL

I. Reseña biográfica. II. La escritora. III. Cronología de Santa Teresa

### LIBRO DE LA VIDA

---

#### CAMINO DE PERFECCION

#### MEDITACIONES SOBRE LOS CANTARES

#### MORADAS DEL CASTILLO INTERIOR

#### CUENTAS DE CONCIENCIA

#### EXCLAMACIONES

#### POESIAS

#### LIBRO DE LAS FUNDACIONES

#### CONSTITUCIONES

#### VISITA DE DESCALZAS

#### AVISOS

---

#### EPISTOLARIO

#### APUNTACIONES

#### DESAFIO ESPIRITUAL

## VEJAMEN



## NOTA A LA SEGUNDA EDICION

Se han introducido en esta edición algunas novedades, que detallamos a continuación:

1.<sup>a</sup> Comenzamos con una reseña biográfica, por ruego de muchos lectores, no contentos con las *Pautas historiales*. En ella recogemos las directrices que ampliamos en nuestra historia, ya en prensa. Por lo mismo, hay también retoques de cronología y también de circunstancias y lugar en las *Cuentas de conciencia* y en las *Cartas*.

2.<sup>a</sup> Publicamos en doble redacción las *Meditaciones sobre los Cantares*, porque ambas se completan y en la segunda se amplían conceptos esbozados en la primera.

3.<sup>a</sup> Junto a las *Constituciones* para sus monjas publicamos también las *Constituciones* de los primitivos descalzos, redactadas igualmente por la Santa.

4.<sup>a</sup> Suprimimos las *Ordenanzas de una cofradía*, que habíamos publicado por deferencia al P. Andrés de la Encarnación, que las había considerado originales de la Santa. Pero su estilo no permite afiliarlas a Santa Teresa, y ya era hora que prescindiésemos de ellas, después de honrarlas en dos ediciones.

5.<sup>a</sup> En el *Epistolario* introducimos retoques de lugar y cronología, admitimos nuevos fragmentos e incluimos los cinco *postizos* que en la primera edición se dejaron por olvido. Los retoques y su cotejo con la edición primera en las cartas son las siguientes:

Cta. 13a = 68-9T — antes 13a, 68-7B.

Cta. 21a = 69-7T — antes 458a, en apéndice.

Cta. 26a = 70-7A — antes 26a, 70-7K.

Cta. 27a = 70-10K — antes 40a, 72-5K.

Cta. 30a = 71-5T, Avila — antes íd. Salamanca.

- Cta. 32a = 71-8A — antes 33a, 71-7A.  
Cta. 33a = 71-10A — antes 34a, 71-7B.  
Cta. 47a = 73-3T — antes 459a, en apéndice.  
Cta. 73a = 74-10T — antes 28a, 70-10T.  
Cta. 77a = 75\_1T — antes 27a, 70-8T.  
Cta. 94a = 75-12A — nueva.  
Cta. 212a = 77-12T — antes 23a, 69-12K.  
Cta. 217a = 78-2M — nueva.  
Cta. 248a = 78-8V — antes 256a, 78-11T (10U).  
Cta. 249a = 78-8W — antes 186a, 77-4B.  
Cta. 426a = 82-6V — nueva.

Los numerales han sufrido una ligera dislocación, y en la misma numeración incluimos los *fragmentos postizos*.

6.<sup>a</sup> Añadimos sendas introducciones a *Apuntaciones*, *Desafío* y *Vejamen*.

## INTRODUCCION GENERAL

### I. RESEÑA BIOGRAFICA

Residentes en Ávila sus padres, aunque oriundos de Toledo y Olmedo, nació D.<sup>a</sup> Teresa de Ahumada el 28 de marzo de 1515. Su padre, D. Alonso Sánchez de Cepeda, conocido por «el Toledano», era hijo del converso D. Juan Sánchez de Toledo, dinámico y afortunado mercader toledano, nacido sobre el 1440, domiciliado «a la collación de Santa Leocadia» y casado con D.<sup>a</sup> Inés de Cepeda, cristiana vieja, oriunda de Tordesillas. Hubo de ella muchos hijos, de los cuales conocemos el nombre de siete varones (Hernando, Alonso, Pedro, Ruy, Alvaro, Lorenzo y Francisco) y de una mujer, D.<sup>a</sup> Elvira de Cepeda. D. Juan, que había judaizado, fue penitenciado por la Inquisición de Toledo a 22 de junio de 1485 por «herejía y apostasía contra nuestra sancta fee católica» y tuvo que ir en procesión con los reconciliados, durante siete viernes, por las iglesias de Toledo, tocado de «un sambenitillo con sus cruces». Con él fueron reconciliados sus hijos, menos el mayor, Hernando, que no fue reconciliado. D. Alonso tenía entonces cinco años. Su padre decidió entonces trasladar a Ávila su negocio de paños, donde volvió a prosperar, educando a sus hijos muy cristianamente y casando a todos ellos con familias muy hidalgas. D. Alonso casó en 1505 con D.<sup>a</sup> Catalina del Peso, e instaló su domicilio en la que fuera «casa de la Moneda», calle en medio con el hospital de Santa Escolástica y frontero de la parroquia de Santo Domingo de Silos. La mujer murió dos años después (8 septiembre 1507), dejándole dos hijos, María de Cepeda y Juan Vázquez de Cepeda.

En 1509 contraía segundas nupcias D. Alonso con D.<sup>a</sup> Beatriz de Ahumada, joven de quince años, que residía



en Olmedo con su madre, D.<sup>a</sup> Teresa de las Cuevas, aunque era de origen abulense y prima en tercer grado de la esposa difunta. La boda se celebró en Gotarrendura, aldea de Ávila, donde los padres de D.<sup>a</sup> Beatriz tenían casa señorial, posesiones rústicas y ganados en abundancia. Tres años después fue invitado D. Alonso, como hidalgo, a formar con los ejércitos que en 1512 conquistaron el reino de Navarra. Después de su regreso nació la primera hija de D.<sup>a</sup> Beatriz, que recibió el nombre de su abuela y el apellido de su madre, D.<sup>a</sup> Teresa de Ahumada. Fue bautizada en la parroquia de San Juan, de Ávila, donde sus padres eran feligreses. D.<sup>a</sup> Beatriz murió a los treinta y tres años, dejando diez hijos, que llegaron a edad adulta. Así, Santa Teresa se crió entre doce hermanos: «Eramos tres hermanas y nueve hermanos». Ella fue, entre todos, «la más querida». Sus rasgos fueron descritos minuciosamente por los biógrafos: «Era de mediana estatura, antes grande que pequeña, gruesa más que flaca, y en todo bien proporcionada. El cuerpo, algo abultado, fornido, todo él muy blanco y limpio, suave y cristalino, que en alguna manera parecía transparente. El rostro, no nada común, no se puede decir redondo ni aguileño; los tercios de él, iguales; la color de él, blanca y encarnada, especialmente en las mejillas, donde parece se veía la sangre mezclada con la leche. Tenía el cabello negro, limpio, reluciente y blandamente crespo. La frente, ancha, igual y muy hermosa. Las cejas, algo gruesas, de color rubio oscuro con poca semejanza de negro; el pelo, corto, y ellas largas y pobladas, no muy en arco, sino algo llanas. Los ojos, negros, vivos, redondos, no muy grandes, mas muy bien puestos y un poco papujados; en riéndose, se reían todos y mostraban alegría, y por otra parte muy graves cuando ella quería mostrar gravedad. La nariz, bien sacada, más pequeña que grande, no muy levantada de en medio, y en derecho de los lagrimales para arriba, disminuida hasta igualar con las cejas, formando un apacible entrecejo; la punta, redonda y un poco inclinada para

abajo; las ventanas, arqueaditas y pequeñas, y toda ella no muy desviada del rostro. La boca, ni grande ni pequeña; el labio de arriba, delgado y derecho; el de abajo, grueso y un poco caído, de muy linda gracia y color. Los dientes, iguales y muy blancos. La barba, bien formada. Las orejas, pequeñas y bien hechas. La garganta, ancha, blanca y no muy alta, sino antes metida un poco. Tenía muy lindas manos, aunque pequeñas, y los pies, muy lindos y muy proporcionados. En el rostro, al lado izquierdo, tres lunares levantados como verrugas, pequeños, en derecho unos de otros, comenzando desde abajo de la boca el que mayor era, y el otro entre la boca y la nariz, y el último en la nariz, más cerca de abajo que de arriba. Daba gran contento mirarla y oírla, porque era muy apacible y graciosa en todas sus palabras y acciones. Tenía particular aire y gracia en el andar, en el hablar, en el mirar y en cualquier acción o ademán que hiciese o cualquier manera de semblante que mostrase. La vestidura o ropa que traía, aunque fuese el pobre hábito de sayal de su Orden, y un harapo viejo y remendado que se vistiese, todo le caía muy bien» (María de S. José, *Libro de recreaciones*, VIII [Burgos 1913] 96-97).

En su fisonomía psicomoral era eufórica extravertida, entrañable, circunspecta, conversadora feliz, adaptable a cualquier persona y circunstancia, honrosa y muy entera, hábil en el manejo de la pluma, aguja y labores caseras. Su intrépida fogosidad dio señales a sus siete años, cuando decidió ir «a tierra de moros» con su hermanito Rodrigo para que los descabezasen por Cristo. Quebró la aventura su tío D. Francisco Alvarez de Cepeda, alcanzándolos cuando salían por la puente del Adaja. Con el mismo fervor se dio luego con otros niños a rezar, hacer limosnas y penitencias, como si fuesen ermitaños. Y mientras ella crecía en aquel ambiente de inocencia, estallaba en Castilla la rebelión de los comuneros (1521); las armas españolas conquistaban Pavía (1525) y consumaban el «saco de Roma» (1527).

Por estas fechas, sobre los doce de su edad, comenzó a enfriarse su piedad primera y a leer libros de caballerías con desmedido afán, a cultivar sus encantos femeninos y a planear un posible matrimonio. Su fantasía sobre temas de caballerías y su facilidad la indujo a escribir un libro que, a juicio del P. Rivera, «salió tal, que había harto que decir de él». Aunque sus aficiones amorosas la inclinaban por sus primos, los Mejía, halló contradicción en su casa; mas ella, justificando su afición por ser con intentos de matrimonio, burlaba la vigilancia, ayudándose de las criadas y de parientes, aunque nunca sin razones de conciencia.

Murió por entonces su madre (noviembre de 1328), y ella sintió grandísima soledad; «Fuime —dice— a una imagen de Nuestra Señora y supliquéla fuese mi madre, con muchas lágrimas» (V 1, 7).

Por su parte, D. Alonso, que buscaba un pretexto para apartar a su hija de aquellas ocasiones, lo halló en 1531, cuando casó su hija mayor, D.<sup>a</sup> María de Cepeda: «porque haverse mi hermana casado y quedar yo sola sin madre no era bien» (V 2, 6). Y fue confiada a las monjas agustinas de Santa María de Gracia, a sus dieciséis años, muy vigilada y muy instruida en labores y prácticas piadosas. La monja encargada era D.<sup>a</sup> María de Briceño, de tan apacible trato, que hizo revivir en su alma «la verdad de cuando niña», aunque a fuerza de razonamientos: «Era tan recio mi corazón en este caso, que, si leyera toda la Pasión, no llorara una lágrima» (V 3, 1). Pero se planteó el problema de la vocación, y hacia fines de 1532, su lucha entre razón y sentimientos acabó por gastar su salud y hubo de salir a reponerse en casa de su hermana, en Castellanos de la Cañada. De camino pasó por casa de su tío D. Pedro de Cepeda, retirado en Hortigosa como un ermitaño; éste le dejó algunos de los libros que tenía, y leyéndolos le urgió el alma poner en claro de una vez su vocación. Con las epístolas de San Jerónimo se acabó de determinar: «Me animava de suerte que me determiné a decirlo a mi padre, que casi era como

a tomar el hábito, porque era tan honrosa, que parece no tornara atrás por ninguna manera habiéndolo dicho una vez». Pero D. Alonso no accedía, ni bastaban ruegos de intercesores: «Lo que más se pudo acabar con él fue que después de sus días haría lo que quisiese» (V 3, 7). Rodrigo, su hermano y confidente, acababa de zarpar (3 agosto 1535) a Río de la Plata. Otros hermanos habían partido ya al Perú. Ella decidió también huir, y persuadió antes a otro hermano suyo que huyese como ella para tomar ambos el hábito religioso, y los dos huyeron la madrugada del 2 de noviembre de 1535. Quiso ser monja carmelita en la Encarnación, donde lo era una amiga suya, Juana Suárez; pero bajo aquel duro gesto sangraba sensible su corazón: «Cuando salí de casa de mi padre, no creo será más el sentimiento cuando me muera» (V 4, 1). Ya dentro, escribió un billete a D. Alonso. Este tuvo que resignarse, y dio su licencia y una espléndida dote y una celda propia, que se le asignó como a hidalga, en la crujía de levante, frente a un sotillo. Al año siguiente, el mismo día de Animas, tomó el hábito.

Diose con toda el alma, y muy pronto halló radiante felicidad en aquella vida: «Me dio un tan gran contento de tener aquel estado, que nunca jamás me faltó hasta hoy» (V 4, 2). Su maestra tuvo el acierto de pintarle al vivo los ideales del Carmelo. Y diose tan reciamente a las penitencias y oración, que poco después de su profesión perdía la salud sin remedio. Era una enfermedad extraña; a nadie se le ocurrió que pudiese provenir de su angustia interior por hallar la paz del alma, hambrienta de Dios y herida de distracción natural. Como enferma fue tratada por los médicos, y de todos desahuciada, tanto que su padre decidió ponerla en manos de una curandera de Becedas, famosa en la comarca.

Salió del convento con su amiga Juana Suárez el otoño de 1538, y como las curas habían de comenzar no antes de la primavera, se detuvo de nuevo en casa de su tío D. Pe-

dro, que pensaba retirarse a los jerónimos de Guisando. Esta vez la obsequió con *El tercer abecedario*, de Francisco de Osuna. Providencialmente allí estaba descrito lo que ella sentía sin poderlo decir: «No sabía cómo proceder en oración ni cómo recogerme, y así holguéme mucho con él y determinéme a seguir aquel camino con todas mis fuerzas» (V 4, 6).

Acababa de cumplir veinticuatro años cuando la curandera comenzó su labor. Las curas fueron horribles, a base de purgas violentas durante un mes, que la deshidrataron, crispando músculos y nervios. Entre tanto, hubo de confesar con un sacerdote del lugar, llamado Pedro Hernández, el cual, impresionado por el aire inocente de aquella joven religiosa, le confió su vida irregular con una mujer. Conmovida la enferma, procuró ganarle su confianza con muestras de afecto, y supo que la mujer le tenía puestos hechizos en un idolillo de cobre que por su amor llevaba al cuello. Consiguió le entregase el idolillo y lo arrojó al río. Desde aquel momento comenzó el sacerdote a recobrar su libertad interior y se retiró a hacer penitencia, muriendo dentro de un año como un santo. «Tengo por cierto —dice ella— está en carrera de salvación; murió muy bien y muy quitado de aquella ocasión» (Vs, 6).

Después de tres meses de aquel jaropeo aparecieron los síntomas, cada día más alarmantes, especialmente ataques como de corazón espantosos, tanto que creyeron era rabia. D. Alonso la llevó de nuevo a Ávila por julio de 1539; el día 15 de agosto pidió la confesaran; no la dejaron, temiendo fuese miedo de morir. Aquella misma noche cayó en coma profundo. La tuvieron por muerta. La prueba del espejo al hálito lo confirmaba. Echáronle cera sobre los párpados, la amortajaron con una sábana blanca y en casa se sacaron los lutos. Así estuvo casi cuatro días, la sepultura abierta en su convento y cantados los funerales en otro. Pero D. Alonso se oponía tozudo a que la enterrasen, diciendo: «Esta hija no es para enterrar». Su instinto fue certero.

Al fin la paciente despertó delirando, pidió confesión y comulgó «con hartas lágrimas». Fue llevada luego a su convento, pero quedó inmóvil, toda encogida, sin poder menear más que un dedo de la mano derecha y sensibilísima al menor contacto. Así pasó hasta la Pascua de 1540, 28 de marzo, cuando cumplía veinticinco años. Se inició una leve mejoría; pero tres años más tarde no podía aún andar. Su curación completa atribuyóse a San José, y desde entonces se dio a propagar su devoción. Con estas enfermedades coincidió una larga crisis espiritual, sostenida por su temple diamantino para no dejar, a pesar de todo, las horas convencionales de oración en su oratorio: «Hartas veces no sé qué penitencia grave se me pusiera delante que no la acometiera de mejor gana que recogerme a tener oración. Y es cierto que era tan insoportable la fuerza, y la tristeza que me dava en entrando en el oratorio, que era menester ayudarme de todo mi ánimo, que dicen no le tengo pequeño, y se ha visto me le dio Dios harto más que de mujer, para forzarme» (V 8, 7). Los obstáculos eran de técnica. No comprendía se le pudiese evadir la imaginación y la emotividad, quedando el alma quieta en contemplación imperceptible. Así chocaba su apostolado de oración, de cuyos prosélitos era D. Alonso, y su desabrimiento, que la hizo abandonar la oración durante casi un año. Aquel forcejeo, que duró dieciocho, obtuvo algunos favores místicos de tipo esporádico, síntoma de una voluntad contenida, cada vez más acrisolada, que acabó con su «conversión», golpe final de una madurez fraguada durante años. Sus momentos agudos fueron alumbrados con la lectura de las *Confesiones* de San Agustín. Tuvo por escenario la imagen de un «Cristo muy llagado, tan devota que, en mirándola, toda se turbó de verle tal» (V 9, 1). Y comenzó a desanillarse su «yo», apresado en una ideología egocéntrica, comprendiendo «que todo aprovecha poco si, quitando de todo punto la confianza de nosotros, no la ponemos en solo Dios» (V 8, 13). Iba a cumplir treinta y nueve años de edad.

Desde aquel día fue una mujer nueva. Sentía tan al vivo la presencia de Dios, que le veía, aunque no con los ojos del cuerpo, como vislumbrado en el centro de su alma a través de su imaginación y de su inteligencia. Pero el contraste de aquellas mercedes con su índole eufórica, inconformable a los troqueles ascéticos corrientes, la hacían sospechosa a espíritus timoratos, y viose constreñida a tratar de su conciencia con un «caballero santo» y luego con el clérigo, no menos santo, Gaspar Daza; y ambos, después de examinar su relación escrita, resolvieron que «a todo su parecer de entrambos era demonio». Ella, sincerísima, se desplomó en desolación: «todo era llorar», y como si estuviese dejada de las manos de Dios. Los dos devotos, compadecidos, la invitaron a abrir su conciencia a un jesuita, Diego de Cetina. Ella se consoló, porque todo lo llevaba «por modo de amar a Dios y como que dejaba libertad». El jesuita la invitaba también a considerar la humanidad de Cristo. Por influencia de la «mística del Norte», se apartaban premeditadamente los contemplativos de todo género de «corporeidad», y Santa Teresa se quejaría amargamente de este error, refutándolo hasta el fin de su vida (6 M 7, 5-15). Aquellos días acertó a pasar por Ávila San Francisco de Borja, y los amigos procuraron la viese. La confirmó en asirse a la humanidad de Cristo y la invitó a no resistir a Dios en aquellas mercedes. Pero el P. Cetina, que había ido a Ávila como enfermo, estuvo apenas tres meses y se fue, dejando a la carmelita tan desolada, que poco después volvió a enfermar. Con este achaque le permitieron salir y morar algún tiempo con D.<sup>a</sup> Guiomar de Ulloa, que procuró confesar con otro jesuita, Juan de Prádanos. Bajo su amplia dirección alcanzó D.<sup>a</sup> Teresa las alturas del *desposorio espiritual*, donde sus sentimientos, que antes reaccionaban a lo emocional, se sintieron desatados, como si una fuerza incontenible, escapándose del interior, la hiciese volar sin ataduras, mientras una voz sin ruido le decía: «Ya no quiero que tengas conversación con hombres, sino con ángeles».